

La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo, 1945–2025

IMMANUEL WALLERSTEIN*

Resumen: *El autor realiza un agudo balance crítico de las tendencias evolutivas principales que ha mostrado la historia del sistema-mundo entre 1945 y 1990. Más adelante y sobre este diagnóstico global, explora los posibles escenarios prospectivos de esa misma evolución de la economía-mundo en el periodo de 1990 a 2025.*

Abstract: *The author takes critical stock of the main evolutionary tendencies shown by the history of the world-system between 1945 and 1990. On the basis of this global diagnosis, he explores possible prospective scenarios for the development of the world-economy during the period from 1990 to 2025.*

Palabras clave: sistema-mundo, economía-mundo, escenarios prospectivos, hegemonías mundiales.
Key words: world system, world economy, prospective scenarios, world hegemony.

SE PUEDEN SACAR TRES CONCLUSIONES de la revisión de la serie de vectores analizados.¹ La primera es la clara evidencia de que el periodo 1945-1990 muestra todas las características comunes de un ciclo Kondratieff (aunque la fase B no había terminado aún en 1990). La segunda es que el ciclo de hegemonía de los Estados Unidos en el sistema-mundo parece haber culminado más o menos a mediados de este periodo, y que los años setenta y ochenta fueron el inicio de una fase de descenso en dicho ciclo, aunque en 1990 Estados Unidos seguía siendo en muchos sentidos, casi en todos, el Estado más fuerte del sistema-mundo.

La tercera conclusión es más complicada y su significado menos claro. Aparte de los fenómenos que se pueden asociar a, o explicar con, la fase B Kondratieff y la fase B de un ciclo hegemónico, parece haber a principios de los decenios de 1970 y

* Dirigir correspondencia a: Fernand Braudel Center. State University of New York at Binghamton. P. O. Box 6000, Binghamton, NY, 13902-6000. U.S.A. Express Delivery Address: Fernand Braudel Center. State University of New York at Binghamton. Vestal Parkway East. Binghamton N. Y. 13901, U.S.A. Tel: 607-777-4924. Fax: 607-777-4315. E-mail: iwaller@binghamton.edu.

¹ Immanuel Wallerstein se refiere al análisis realizado respecto de la evolución de seis vectores significativos dentro de la evolución del sistema-mundo en los años de 1945-1990, y que son: 1) el sistema interestatal; 2) la producción mundial; 3) la fuerza de trabajo mundial; 4) el bienestar mundial de los hombres; 5) la cohesión social de los estados, y 6) las estructuras del conocimiento. En la medida en que Wallerstein resume estos análisis, es claro que su lectura no es imprescindible para la adecuada comprensión de este texto. De cualquier modo, el lector interesado en profundizar sobre este punto puede remitirse a la lectura del libro de Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein (coords.), *The Age of Transition. Trajectory of the World-System 1945–2025*, Ed. Zed Books, Nueva York, 1996. De este libro ha sido extraído el texto de este mismo artículo, en donde figura como parte II, pp. 209–243, bajo los títulos de “The global picture, 1945–90” y “The global possibilities, 1990–2025”.

1980 la reversión de una serie de tendencias pluriseculares de la historia del sistema-mundo, así como el aplanamiento de otras tendencias conforme parecen llegar a asíntotas estructurales.

Hemos elegido 1967-1973 como punto crítico de este periodo, aunque las fechas exactas están abiertas, por supuesto, a un abundante debate empírico. Se eligen estas fechas por estar delimitadas por dos choques económicos de gran envergadura —los primeros problemas serios de la moneda de Estados Unidos en un extremo y la crisis petrolera de la OPEP en el otro— y porque una serie de acontecimientos políticos de este periodo parece constituir en conjunto una fractura significativa de las pautas del periodo anterior: la revolución mundial de 1968 (que en realidad se extendió hasta 1970), la Ofensiva Tet, la proclamación de la distensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la reanudación de relaciones más normales entre Estados Unidos y China, y el debilitamiento de la presidencia imperial de Estados Unidos con Watergate.

A continuación se resume la información acumulada de ambos ciclos (el Kondratieff y el hegemónico), así como la información que indica un posible punto crítico del sistema.

I

Puede considerarse que 1945 señala el inicio de un periodo A Kondratieff clásico. Hasta la fecha son muy polémicas las ondas Kondratieff, dado el desfase de las otras medidas de la expansión económica (por ejemplo: los precios, la producción, la inversión, las tasas de beneficio), a las que los diversos modelos otorgan distintas prioridades.² A veces se sitúa el ascenso en 1940. Durante la segunda guerra mundial se había dado, por supuesto, una importante expansión mundial de la producción y el empleo, pero al mismo tiempo hubo una destrucción mundial de capital fijo y de la población, así como una considerable interferencia en la producción y el comercio. Parece más razonable comenzar en 1945 (o incluso algunos años después) para señalar una expansión general de la economía-mundo.

En realidad, desde 1945 fue muy amplia la destrucción del territorio euroasiático; y la producción, el comercio y el transporte tuvieron tantos obstáculos que hubo una gran deficiencia en el abasto de alimentos básicos, vestido y vivienda, sin mencionar el enorme desplazamiento de personas. Pero ya se sabe que estas dificultades se superaron en pocos años. Lo importante es que desde entonces la economía-mundo entró en un periodo de expansión rápida, constante y sin precedentes. Hubo un ascenso agudo con el inicio de la guerra de Corea en 1950; sus consecuencias eco-

² Una reseña de otros modelos y sus consecuencias en materia de fechas puede verse en Joshua Goldstein, *Long Cycles: Prosperity and War in the Modern Age*, Yale University Press, New Haven, CT, 1988. En Immanuel Wallerstein, "Kondratieff Up or Kondratieff Down?", *Review*, vol. II, núm. 4, primavera de 1979, figura una discusión de los problemas de las fechas del Kondratieff actual.

nómicas no sólo se dejaron sentir en América del Norte, Europa Occidental y Asia Oriental, sino también en gran parte del Tercer Mundo.

Los Estados Unidos desempeñaron una importante función en el despegue y el fomento de la expansión económica mundial; directamente, en sus actividades económicas en el país; e indirectamente a través de la asistencia pública, sobre todo a Europa Occidental y Asia Oriental, aunque en menor grado también a gran parte del Tercer Mundo (en especial a América Latina y el Oriente Medio). Correspondió a las empresas transnacionales en este periodo la abrumadora mayor parte de la inversión extranjera directa. Como se ha señalado, al principio esto fue así en América Latina, pero muy pronto también en toda Europa Occidental. El dólar de los Estados Unidos fue la moneda de base del sistema financiero mundial, respaldado por considerables reservas de oro. Así pues, las decisiones del Tesoro y el Banco Central de los Estados Unidos gobernaban de hecho la oferta monetaria mundial.

Los decenios de 1950 y 1960 vieron crecer constantemente la producción en el sistema-mundo en conjunto y especialmente la de los productos más rentables, las llamadas industrias de vanguardia. Europa Occidental, con el impulso del Plan Marshall y las primeras instituciones europeas, y Asia Oriental (en particular Japón, aunque no solamente) impulsada por el gasto económico de los Estados Unidos ligado a la guerra fría, no sólo se recuperaron plenamente de la destrucción bélica, sino que comenzaron a adquirir su gran competitividad en el mercado mundial en los principales sectores industriales. Recuperaron el predominio en los mercados internos muy rápidamente, y en el decenio de 1960 ya competían activamente en Estados Unidos y en otros mercados extranjeros.

El llamado bloque socialista —cuyo comercio fuera del mismo se mantuvo al mínimo en los años cincuenta y sesenta por una política deliberada tanto de la Unión Soviética como de Estados Unidos— inició simultáneamente su propia expansión económica. Su programa destacaba los proyectos nacionales múltiples y más o menos paralelos de industrialización intensiva que tuvieron como efecto una expansión todavía mayor de la producción mundial general de las industrias de vanguardia. Por último, en los países del Tercer Mundo que no pertenecían al bloque socialista también se buscó la industrialización, aunque con menos intensidad en general.

El enorme crecimiento de la producción industrial mundial necesitaba, desde luego, una ingente expansión de los llamados productos primarios. Esto se tradujo en prosperidad económica en las zonas agrícolas y mineras, de particular importancia para la expansión de la base de ingresos públicos en las zonas periféricas del sistema-mundo. Esto significó que muchos de los estados —tal vez todos— que los movimientos independentistas trataban de arrancar a las potencias coloniales eran, o parecían ser, prósperas empresas económicas, lo que a su vez permitió ampliar el sector asalariado (antes y especialmente después de la independencia política), en particular en las burocracias y en las empresas estatales, aunque no sólo en ellas. También permitió una cuantiosa expansión mundial de los recursos destinados a los sectores de la enseñan-

za y la salud. En general, dio forma en todo el mundo a lo que un analista francés denominó “los treinta años gloriosos” (que, a su juicio, llegaban hasta 1973).

Nuestra información demuestra con claridad que, respecto a la prosperidad general, la elevación del nivel de vida y el empleo relativamente pleno, estos años gloriosos quizá habían terminado ya desde 1967, y sin duda hacia 1973, cuando la llamada crisis del petróleo de la OPEP imprimió un carácter dramático a la fase descendente, aunque seguramente no fue su causa. Sin duda, el elemento crítico fue que los niveles de ganancias mundiales habían comenzando a descender. La explicación parece directa. Mientras que en los años cincuenta los sectores de vanguardia estaban relativamente monopolizados por un grupo pequeño de empresas en todo el mundo, en los años sesenta había aumentado considerablemente la competencia: se había abarrotado el sector.

Los años setenta y ochenta se caracterizaron por una desaceleración económica considerable de la producción y, dado el constante crecimiento demográfico, probablemente también por una disminución de la producción mundial per cápita. Como era previsible, aumentaron de la misma manera las tasas de desempleo activo. Claro que esto no se repartió con uniformidad en el espacio. Es más, las consecuencias negativas constantemente cambiaban de localización geográfica, conforme los distintos países se esforzaban por sufrir lo menos posible “exportando el desempleo” (o tratando de hacerlo) a otros países. Pero, en general, la tendencia fue de estancamiento, en comparación con la previa fase A Kondratieff. En particular, se desaceleró, a veces considerablemente, la expansión espectacular de las empresas transnacionales, medida por la producción total, el valor real total o las tasas de beneficio.

Claro que se realizaban constantes esfuerzos para contrarrestar la insuficiencia del total de la demanda efectiva mundial. Los aumentos de los precios del petróleo de los años setenta contribuyeron a lograrlo en dos formas importantes. El espectacular aumento de los costos de los combustibles tuvo la consecuencia evidente de incrementar los costos de la producción en todas partes, lo que presionó para reducir la producción mundial, que así se adecuó mejor a la demanda mundial efectiva. Los aumentos de los precios del petróleo también succionaron la plusvalía en todo el mundo (pero, por supuesto, como porcentaje del PIB, esto afectó extraordinariamente al Tercer Mundo). Al final, este dinero se repartió en parte como renta consumida por los productores de petróleo (de los cuales la mayor parte eran empresas estatales de unos cuantos países), en parte como ingresos (o beneficios excepcionalmente elevados) consumidos por las empresas transnacionales de hidrocarburos, y en parte en forma de depósitos invertidos en los bancos de los países centrales. Estos depósitos posteriormente se “reciclaron” en los años setenta como préstamos a los países de la periferia y la semiperiferia (incluidos los del bloque socialista).

El dinero reciclado permitió a numerosos gobiernos de la periferia y la semiperiferia resolver los problemas de la balanza de pagos en los años setenta, debidos en parte al aumento de los precios del petróleo, pero también al deterioro de las condiciones comerciales de los productos de la periferia en la fase B Kondratieff. Los fondos obtenidos en préstamo se utilizaron para importar bienes, claro que sobre

todo de los países centrales, lo que restableció, por el momento, parte de la demanda perdida de sus exportaciones. Con todo, el estímulo artificial de los préstamos exagerados no podía durar. El costo en permanente aumento del pago de la deuda condujo inevitablemente a la llamada crisis de la deuda de los años ochenta.

La disminución de las ganancias del sector productivo tuvo tres consecuencias estructurales que cabe destacar. En primer lugar, suscitó una búsqueda apremiante de formas de reducir los costos de producción. Un método clásico en épocas de descenso económico es el cambio de la producción desde el centro hacia zonas de la periferia y la semiperiferia, en el intento de reducir considerablemente los costos de la mano de obra. Este cambio empezó a darse sustancialmente en los años setenta y se aceleró en los ochenta.³

La segunda consecuencia estructural fue un considerable cambio de la inversión de las actividades productivas a la esfera financiera, en busca de ganancias. Esto condujo a la bien documentada serie de adquisiciones financieras de las grandes empresas y al florecimiento de los bonos basura, favorecidos todavía más por el debilitamiento de las ganancias de las principales empresas. Claro que estas manipulaciones financieras también repercutieron en la precipitación de otras dificultades en el sector privado, ya para entonces agobiado de deudas, con bancarrotas muy costosas a largo plazo, como la quiebra de las sociedades de ahorro en Estados Unidos.

La tercera consecuencia estructural fue un nuevo incremento del gasto militar, como la medida keynesiana contracíclica de más aceptación política posible en la búsqueda de aumentar el gasto público en periodos de restricción económica. Esto revistió dos variantes. La primera fue el incremento de la compra de armamento de los países del Tercer Mundo a las grandes potencias, en especial a Estados Unidos, pero también a algunos países semiperiféricos, lo que absorbió una parte considerable de las ganancias generadas por el aumento de los precios del petróleo. Con ello, desde luego, se incrementó la violencia entre los países de los Tercer Mundo y se exacerbó las situaciones de conflicto civil.

La segunda forma de keynesianismo militar fue el aumento del gasto en armamento en Estados Unidos en los años ochenta (y también en la Unión Soviética, en menor medida). Si bien este cuantioso incremento del gasto de Estados Unidos redujo el nivel de desempleo, por lo menos en ese país, fue al altísimo costo de aumentar drásticamente su endeudamiento. De esta manera, la economía-mundo adquirió en este periodo B tres sitios principales de endeudamiento: los gobiernos del Tercer Mundo (y socialistas), las grandes empresas y el gobierno de Estados Unidos.

En la fuerza de trabajo se sintieron las consecuencias de estas transformaciones en la caída de los salarios reales en los que habían sido sectores de vanguardia y en el aumento del desempleo (o la irregularidad en el empleo). Como los sindicatos más fuer-

³ En 1977 ya se percibía y estaba documentado este cambio. Hay una explicación del mismo en el libro de Folker Fröbel, Jürgen Heinrichs y Otto Keyre, *The New International Division of Labour: Structural Unemployment in Industrialised Countries and Industrialism in Developing Countries*, Cambridge University Press, Nueva York, 1980.

tes estaban justamente en estos sectores, se debilitó considerablemente el movimiento obrero. Además, hubo un cambio en todo el mundo hacia formas de trabajo menos sujetas a control jurídico (trabajo en casa, la economía no estructurada) y hacia un considerable crecimiento de la subcontratación. Este cambio constituyó, en realidad, un aumento de la cifra de trabajadores asalariados en todo el mundo, a la vez que se redujo el nivel medio de los salarios y el porcentaje medio del tiempo total de trabajo de las actividades asalariadas.

Con este descenso de la economía-mundo se dio una aguda disminución de la producción de alimentos en las zonas periféricas, por dos motivos. En el periodo A, los países del centro aumentaron considerablemente sus exportaciones de alimentos, en parte a través de los programas de ayuda alimentaria. Esta nueva dependencia alimentaria de la periferia se acentuó en el periodo B, cuando estos países se dedicaron con más entusiasmo que nunca a la producción orientada a la exportación para resolver sus problemas de la balanza de pagos, transformando así las zonas de producción de alimentos en zonas de producción de cultivos industriales o de productos no básicos de exportación.

El hambre y la falta de vivienda consecuentes acentuaron la emigración desde las zonas rurales hacia las urbanas, pero con una importante diferencia respecto del anterior periodo A. Antes, la migración en el seno del Tercer Mundo se dirigía sobre todo a las ciudades principales o capitales, en busca de empleos asalariados, en virtud del crecimiento del sector estatal. Ahora la migración se orientaba a ciudades menores más próximas a las zonas rurales de emigración, debido al nuevo acento en el trabajo de temporada, no estructurado y temporal. Una de sus consecuencias fue el aplanamiento de la diferencia entre lo rural y lo urbano, punto sobre el que hemos de volver.

El debilitamiento del sector público, al disminuir las posibilidades de los estados de obtener ingresos, no sólo produjo la reconstrucción de la fuerza de trabajo, sino también una significativa reducción de la capacidad del sector público para mantener el nivel y el crecimiento de los servicios de instrucción y salud. Esto fue así en todo el mundo y llegó a sentirse como problema general de deterioro del medio urbano por el efecto acumulativo de la violencia popular y el menoscabo de los servicios del Estado.

Las pautas migratorias mundiales entre las distintas zonas también comenzaron a modificarse. En el periodo A, las estructuras estatales de los países del Norte en gran medida prevenían y alentaban la migración del Sur hacia el Norte. El estancamiento económico redujo el empleo en los países del centro, con la previsible consecuencia política de no recibir de tan buen grado a los emigrantes documentados. Pero al aumentar la necesidad de los empleadores de los países del centro de tener mano de obra de menor costo, se dio una colusión *de facto* con los encargados de hacer funcionar los mecanismos para evadir la vigilancia en las fronteras, lo que incrementó mucho el paso de trabajadores indocumentados, fenómeno estimulado aún más por el deterioro de las condiciones político-económicas (y, entonces, de la seguridad) en las zonas periféricas.

Las trabajadoras encontraron más empleos en el periodo B, aunque eso no indicaba en absoluto una mayor equidad en el centro de trabajo. Por una parte, eran más requeridas justamente por sus niveles salariales inferiores socialmente establecidos. Como su mayor contratación a menudo se realizaba a costa directamente de los hombres, se redujo en apariencia la brecha estadística entre trabajadores de uno y otro sexo, pero sobre todo por reducirse la cifra de trabajadores varones. Por otra parte, en la medida en que todos los trabajadores, hombres y mujeres, contribuían al ingreso familiar, se redujo el ingreso medio total de las familias en efectivo, acen-tuándose así la reducción de los salarios reales. Además, el volumen de trabajo asalariado de tiempo parcial aumentó en todo el mundo como porcentaje del total del trabajo asalariado, y los empleadores de trabajadores de tiempo parcial preferían contratar mujeres. Así pues, aunque había más mujeres en la fuerza de trabajo mundial, en realidad se reforzó su subordinación al reducirse el porcentaje del trabajo de tiempo completo realizado por ellas.

Por último, cabe señalar que hubo consecuencias ecológicas. En los años cincuenta y sesenta se agravó el agotamiento de los recursos primarios, precisamente por el enorme crecimiento de la producción mundial. En los años setenta y ochenta no hubo un crecimiento paralelo. En cambio, se desplazaron los costos ecológicos más grandes desde el centro a las zonas periféricas y semiperiféricas.

II

La función de Estados Unidos en el sistema-mundo se había venido fortaleciendo de manera sostenida por lo menos desde la década de 1870. Conforme la hegemonía británica ingresó en la fase B, Estados Unidos adquirió cada vez más importancia como competencia en el mercado mundial, con Alemania como rival más importante. Esta competencia culminó con las dos guerras mundiales, que en realidad deben considerarse una prolongada "guerra de treinta años", desde 1914 a 1945 que terminó, como se sabe, con el triunfo militar incondicional de Estados Unidos y sus aliados.

En 1945, Estados Unidos fue la única potencia mayor de la época que después del conflicto militar salió no sólo ileso respecto de cualquier tipo de destrucción física de su capital fijo sino, por el contrario, enormemente fortalecido en su capacidad productiva y eficiencia. Fue capaz de transformar rápidamente esta ventaja económica en superioridad política, militar y hasta cultural, sostenida y aumentada en el periodo inmediato de postguerra. De esta manera, 1945 señala el inicio del apogeo del predominio indiscutido de Estados Unidos o su hegemonía en el sistema-mundo. La fuerza de Estados Unidos aumentó cada vez más en los siguientes 25 años aproximadamente.

El único otro país con significativa fuerza geopolítica y militar en 1945 era la Unión Soviética, cuya ideología oficial parecía contraponerse a la de Estados Unidos en cuanto a los objetivos a largo plazo de la estructura del sistema-mundo. Con todo, la Unión Soviética no tenía nada parecido a la fuerza productiva de Estados Unidos (sin mencionar la fuerza comercial ni financiera). Nunca se pondría a prueba la supuesta mayor

fuerza militar soviética, ya que ambos países hicieron todo por evitar un choque bélico. Sin embargo, Estados Unidos tenía una ventaja nuclear inicial en la posible guerra total, que cuando mucho quedaba neutralizada por la adquisición soviética de bombas nucleares y la producción posterior de armamento en ambos países. El atractivo político soviético en el mundo, aunque considerable, resultó menor de lo previsto en 1945. Y la pretensión de dirección moral de Estados Unidos, aunque a menudo puesta vigorosamente en tela de juicio, siempre tuvo una gran acogida, sobre todo en Europa Occidental y en Japón.

La relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante los años posteriores a 1945 queda representada en dos frases: la guerra fría y Yalta. La guerra fría simbolizaba el antagonismo total, aunque con (relativa) frialdad. Yalta, por el contrario, simbolizaba un acomodo mutuo (o, para algunos, la “entrega” de Estados Unidos a la Unión Soviética). En realidad, al mirar retrospectivamente los años de 1945 a 1967-1973, no se aprecia un antagonismo total ni un mutuo acomodo ni “entrega”.

La relación, más bien, aunque ruidosa por su retórica y llena de maniobras tácticas, fue sobre todo de autocontención recíproca. En los sucesivos enfrentamientos político-militares más importantes (la guerra civil de Grecia, el sitio de Berlín, la guerra de Corea, la disputa Quemoy-Matsou, la crisis cubana de los misiles), la consigna operativa decisiva y última parece haber sido la prudencia y el restablecimiento del *statu quo*. La consecuencia *de facto* en cuanto al sistema-mundo en conjunto fue la guetización de un “bloque” soviético, donde la autoridad soviética no tenía límites, que participaba mínimamente en las cadenas mundiales de mercancías y que en Europa respetaba por completo las fronteras militares establecidas en 1945. Es más, la retórica de la guerra fría permitió tanto a la Unión Soviética como a Estados Unidos ejercer un dominio mayor en sus respectivas esferas, a menudo sin considerable cuestionamiento del otro (República Democrática Alemana en 1953, Polonia y Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968, Irán en 1953, Guatemala en 1954, Líbano en 1958, la República Dominicana en 1965).

Estados Unidos se esforzó por crear alianzas político-militares con todos los principales países industrializados: Europa Occidental, Japón, los países blancos de la Comunidad Británica. Esto exigió al principio una considerable ayuda para la reconstrucción material y más inversión —proyecto que se transformó en ventaja política (un bloque del “mundo libre” en el sistema interestatal)—, seguridad militar (la OTAN, el Pacto de Defensa entre Japón y Estados Unidos, Anzus) y oportunidades económicas (inversión extranjera directa de las transnacionales de Estados Unidos). Este hábito de liderazgo automático de Estados Unidos y de toma unilateral de decisiones en el ámbito mundial tuvo su contrapartida cultural: la elevación a un puesto central de las estructuras intelectuales de Estados Unidos en todos los campos del conocimiento; Nueva York como capital mundial del arte y la llamada “coca-colonización” de la cultura popular del mundo (pero, antes que nada, de sus aliados de la zona industrializada del centro).

En las zonas periféricas, este periodo se caracterizó por una relativa prosperidad y por el aumento de la inversión en infraestructura y en los servicios de instrucción y

salud. En aquella gran parte de la zona que seguía formalmente bajo dominio colonial, los movimientos nacionalistas se fortalecían sin cesar. Las potencias coloniales pusieron en marcha, por lo general de mala gana, programas de “descolonización”, primero en toda Asia, luego en África, el Caribe y Oceanía. En general, este proceso fue apacible, en particular en las colonias británicas, es decir, fue relativamente pacífico (con algunas notorias y reconocidas excepciones). Estados Unidos fomentó este tipo de transferencia pacífica del poder y con pocas perturbaciones a los movimientos “responsables”, aunque se abstuvo de ejercer excesiva presión en las potencias coloniales de Europa. Dondequiera que las potencias coloniales se demoraran, por la razón que fuera, los movimientos nacionalistas demostraron una voluntad y una capacidad de acelerar el paso (las Indias Orientales holandesas, la Indochina francesa, Argelia, Kenya, las colonias portuguesas en África) y su vigorosa movilización no sólo fructificó para ellos mismos, sino también para sus vecinos y otros colonizados.

Finalmente, en este periodo de gran crecimiento de la economía-mundo al amparo de la hegemonía estadounidense, le fue muy bien particularmente a Estados Unidos, tanto en materia de economía como de cohesión social. Prácticamente se eliminaron los conflictos entre el capital y la mano de obra en el país, que fueran tan agudos en la década de 1930. Subió mucho el nivel de vida de los trabajadores calificados y de los estratos de la clase media baja, que comenzaron a disfrutar de ser propietarios de casas y coches, y se volvió normal la aspiración a tener bienes duraderos, actividades de esparcimiento y educación superior para los hijos. La aguda opresión de la población negra se mitigó gracias a una tasa mayor de empleos mejor pagados, acompañada de urbanización, más el fin de la segregación reglamentaria (antes que nada en el ejército). Estas medidas, combinadas con una feroz cruzada ideológica anticomunista, más los claros beneficios derivados de la hegemonía de Estados Unidos, parecían dar forma a un nivel excepcionalmente elevado de unidad nacional.

Con todo, hacia 1967-1973 comenzó a desmadejarse el ovillo de la hegemonía de Estados Unidos, en apariencia por el éxito mismo de ese país para establecer su autoridad hegemónica. El fortalecimiento económico de otros estados de la zona central parecía plantear la dificultad más aguda, en particular el de Europa Occidental (sobre todo la República Federal de Alemania) y Japón. Esto se manifestó con mucha claridad en las pautas de inversión extranjera directa de las empresas transnacionales. Mientras que al principio esa clase de inversión era casi por completo un fenómeno de las transnacionales de Estados Unidos, las empresas europeas primero y luego las japonesas comenzaron a representar un porcentaje cada vez mayor del total de la misma, lo que comenzó a plantear un grave problema a las empresas estadounidenses, dada la desaceleración global de la tasa de crecimiento.

La misma pauta se repitió en las estructuras financieras. El primer indicio de dificultad fue el surgimiento de un nuevo fenómeno a principios de los años sesenta: los llamados eurodólares, es decir, dólares de Estados Unidos físicamente ubicados en Europa y, por lo tanto, fuera del alcance del control financiero de aquel país. Hacia

finales de esa década, a este debilitamiento del poder financiero del gobierno estadounidense se sumó el debilitamiento de las reservas de oro de ese país, acentuado (aunque no sea su única justificación) por la cuantiosa salida ocasionada por los gastos de la guerra de Vietnam.

El final del respaldo de los dólares estadounidenses con las reservas de oro aliviaría la presión sobre éstas en Estados Unidos, pero sólo al precio de producirse una variabilidad de las monedas mundiales externa al control unilateral de Estados Unidos. En los siguientes 25 años, el dólar de Estados Unidos cayó considerablemente (con alzas y bajas, desde luego) frente a las monedas de otros países importantes. Hacia 1990 se estaba cuestionando incluso la práctica posterior a 1945 en virtud de la cual todas las transacciones económicas mundiales se calculaban en dólares.

Una significativa consecuencia fue la pérdida del gobierno de Estados Unidos (Departamento del Tesoro y Banco Central) de autoridad efectiva en los mercados financieros mundiales y el ascenso de otros centros de decisión: otras instituciones nacionales (por ejemplo, el Bundesbank), los “gnomos de Zurich”, y el trío de instituciones interestatales mundiales financieras y económicas (el FMI, el Banco Mundial y el GATT). Las reuniones anuales de la cumbre económica del G-7, puestas en marcha en 1977, en sí una de las principales consecuencias de la declinación económica de Estados Unidos, se convirtieron en sitio de decisiones negociadas entre las principales potencias de la zona central. El sistema-mundo se encontró en la “aventura obligada” de la globalización financiera.⁴

Claro que las otras grandes potencias de la zona central llegaron a conclusiones geopolíticas apropiadas. Primero fue el distanciamiento de Francia respecto de Estados Unidos por obra de De Gaulle (inclusive la salida de la estructura de mando de la OTAN). Luego la *Ostpolitik* de Willy Brandt y el oleoducto europeo. La unificación europea comenzó a deshacerse de su sabor antisoviético y atlántico a favor de un matiz más autónomo.

La renuencia del Tercer Mundo a esperar la generosidad de una descolonización modulada ya la habían demostrado vigorosamente primero los comunistas chinos y luego, pero con un efecto más irritante, los movimientos de liberación nacional de Vietnam, Argelia, Cuba y África austral. Pese a estas experiencias, la revolución iraní tomó por sorpresa al sistema-mundo (y en particular a Estados Unidos), sobre todo porque Jomeini y sus partidarios se negaron terminantemente a respetar las prácticas añejas de 500 años de la diplomacia. Le pellizcaron violentamente la nariz al Gran Satanás, Carter perdió sus helicópteros en el desierto y Reagan tuvo que comprar la libertad de los rehenes estadounidenses.

Cuando el presidente Nixon proclamó que había que “dejar a los asiáticos luchar contra los asiáticos”, ya estaba reconociendo las limitaciones de la intervención militar directa de Estados Unidos en el sistema-mundo. Sin embargo, la creación de guardianes

⁴ Así se llama el libro de Michel Aglietta, Anton Brender y Virginia Coudert, *Globalisation financière: l'aventure obligée*, Ed. Económica, París, publicado en 1990.

regionales subimperialistas resultó ser un sustituto de eficacia limitada con la destrucción relativamente fácil del shah de Irán. Con todo, esto no contuvo la creciente militarización del Tercer Mundo, en la que el interés de Estados Unidos estaba volviéndose más inmediatamente comercial y menos una cuestión de estrategia de mediano alcance. En realidad, la necesidad comercial se hizo imperante. Estados Unidos, sin duda, quería conservar el control de las armas más modernas, o por lo menos limitar la posibilidad de otros de disponer de ellas. Claro que en los hechos, la proliferación de armas de destrucción en gran escala, pese a la activa oposición de Estados Unidos, se extendió constantemente en la década de 1980, al grado de que las armas nucleares, químicas y biológicas llegaron a formar parte del arsenal de muchos países semiperiféricos (aunque éstos todavía se sintieran obligados a negar públicamente poseerlas o a mantener su capacidad nuclear en condiciones de “casi listas pero aún no del todo”).

Mientras tanto, la revolución mundial de 1968 sirvió de protesta en todas partes contra la hegemonía estadounidense en el sistema-mundo, pero fue a la vez una protesta contra la Unión Soviética, acusada de colusión *de facto* con la hegemonía de Estados Unidos. Los revolucionarios llevaron todavía más allá su análisis, al hacer una crítica fundamental de todos los principales movimientos históricos contra el sistema, sin excepción: los socialdemócratas (laboristas, demócratas del Nuevo Pacto [*New Deal*]), los partidos comunistas y los movimientos de liberación nacional. Proclamaron la necesidad de una estrategia por completo nueva, menos susceptible de asimilación por parte del liberalismo hegemónico de Estados Unidos. Esta proclama efectivamente socavó los viejos movimientos contra el sistema, pero también señaló el inicio del fin de la estrategia de asimilación de Estados Unidos.

La desintegración del bloque soviético a finales de los años ochenta y posteriormente de la Unión Soviética puede considerarse una victoria de Estados Unidos sólo si se toma en serio la afirmación de que la destrucción de ese bloque fuera el principal objetivo (o uno de los principales) de la política mundial estadounidense desde 1945. Respecto de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema-mundo, la desintegración del andamiaje de relaciones internacionales de la guerra fría se puede ver más precisamente como un golpe mortal a la preeminencia de Estados Unidos, y por tanto como algo que ocurrió pese a (y no por) la voluntad política de ese país.

La disminución del poder relativo de Estados Unidos en los años setenta permitió al régimen de Brezhnev tratar de extender las condiciones de Yalta, sobre todo en Afganistán. Desde entonces, Estados Unidos pudo utilizar con eficacia esta nueva agresividad soviética como argumento para desacelerar en los años ochenta las aspiraciones cada vez mayores de Europa Occidental y Japón de autonomía respecto del liderazgo mundial de Estados Unidos.

El estancamiento económico mundial, acentuado por la crisis de la deuda, tendría en los años ochenta un efecto desestabilizador en los gobiernos de los países periféricos y semiperiféricos. La crisis de legitimidad, en especial y sólo en los estados que se habían

declarado en contra del sistema, primero llamó la atención sobre Polonia en 1980 y luego sobre una serie de casos como la caída de los regímenes militares de Brasil y Argentina, la crisis del FLN en Argelia y el angustioso derrumbe del Partido del Congreso en la India. En toda Asia, África y América Latina, las crisis fiscales de los estados condujeron al clamor interno por la “democracia”, pero simultáneamente a la “reestructuración” impuesta por el FMI. El hundimiento de los comunismos de Europa Central y del Este no fue sino la culminación de esta serie de acontecimientos.

La crisis de la guerra del Golfo de 1990-1991, en el drama mismo del triunfo de Estados Unidos, ilustró bien la disminución de la fuerza de este país en el sistema-mundo en dos aspectos fundamentales. Primero, porque Irak provocó deliberada y conscientemente esta crisis, ya que su gobierno resistió todo intento de evitar el estallido mismo de la guerra. Fue la primera provocación de este tipo a Estados Unidos desde 1945. En otros casos en que la fuerza de este país se había puesto a prueba, la provocación había sido subrepticia y tácita (el bloqueo de Berlín, la crisis de los misiles de Cuba), y nunca se permitió que desembocara en la guerra. La hegemonía de Estados Unidos se había sometido a prueba, no se había puesto en tela de juicio. Ahora se cuestionaba en definitiva, y la incapacidad de los iraquíes de ganar militarmente esa batalla tuvo menos importancia que el precedente que establecían.

Segundo, quedaba claro que Estados Unidos podía ganar esta batalla sólo con dos condiciones: organizar una acción conjunta al amparo de la ONU y que la batalla se financiara externamente. La primera condición puso en evidencia las nuevas limitaciones políticas de Estados Unidos, y la segunda, la nueva dependencia financiera de este país respecto de sus anteriores países clientes. Estas dos realidades se han confirmado posteriormente en la incapacidad de Estados Unidos de destituir a Saddam Hussein pese a su victoria militar.

III

Algunas observaciones sobre los decenios de 1970 y 1980 no se logran explicar fácilmente con la mera consideración de este periodo como una fase B Kondratieff, o como inicio de la etapa de decadencia de un poder hegemónico. Uno de los acontecimientos más asombrosos es el ataque tan extendido y más bien profundo contra el poder del Estado. El poder de los estados —su centralización de frente a las fuerzas regionales, su autoridad sobre sus súbditos/ciudadanos, su clara definición ante otros estados en el sistema interestatal— ha estado aumentando constantemente desde la creación del moderno sistema-mundo; es decir, desde hace unos 500 años. Claro que siempre se ha cuestionado esta autoridad creciente en sitios específicos, pero la influencia del “estatalismo” no sólo parece inexorable, sino que ha recibido un extraordinario impulso y logró una nueva y excepcional culminación justamente en el periodo entre 1945 y 1967-1973. En este periodo, hasta las fuerzas conservadoras de las zonas centrales alababan abiertamente las virtudes del dirigismo.

El poder hegemónico había hecho patente en cierto sentido el modelo de éxito del Nuevo Pacto (*New Deal*), cuyo verdadero logro se dio en el periodo posterior a 1945. Los estados de Europa Occidental y Japón siguieron el mismo rumbo. El bloque comunista alegaba a veces que ellos lo hacían mejor. Y el Tercer Mundo intentó frenéticamente utilizar la maquinaria estatal para “ponerse al día” en una versión ideológica u otra. Una proporción tan grande de empresas había quedado en manos del Estado, que se acuñó un nuevo término para designarlas: las paraestatales. Sobre todo, los estados tenían el compromiso de cumplir la función de proporcionar una amplia variedad de servicios básicos, así como la llamada red de seguridad: la seguridad social, la instrucción, la salud, ingresos para todos los que quedaban fuera de dicha red, encontrar empleo para los desempleados y contrarrestar en general las bajas cíclicas. Este clima se expresó con claridad en la extraordinaria declaración pronunciada en 1971 por un presidente conservador de Estados Unidos, Richard Nixon: “Ahora todos somos keynesianos”.

De pronto, esta tendencia secular comenzó a revertirse agudamente en distintas formas. La unidad de las maquinarias estatales comenzó a deshacerse en forma crítica en las zonas centrales. Los bancos centrales comenzaron a adquirir un grado de autonomía real en la toma de decisiones ante las autoridades ejecutivas centrales, que subvirtió vigorosamente la capacidad de dichas autoridades para controlar sus parámetros económicos. Si bien las autoridades del Estado siempre habían tenido que tomar en consideración a una serie de fuerzas políticas, los bancos centrales sólo le rendían cuentas a un pequeño segmento de las transnacionales. Además, crecía la fuerza de las estructuras interestatales como el FMI, vistas en las zonas periféricas como agentes del centro y por las autoridades de la zona central como agentes quizá de fuerzas centrales, pero subversivos contra las maquinarias estatales de la zona central.

Las revoluciones de 1968 obstaculizaron seriamente la autoridad intelectual del liberalismo reformista de centro en las normas intelectuales y políticas. Como consecuencia, se liberaron las fuerzas conservadoras para volver a su original sesgo antiestatalista y antirreformista. Esto se denominó neoliberalismo o neoconservadurismo y se puso de manifiesto en los regímenes de Thatcher y Reagan. Las revoluciones de 1968 también eliminaron el compromiso de la izquierda mundial con el reformismo estatalista. El surgimiento de diversos tipos de movimientos que promovían la coherencia y la solidaridad de grupos cuya delimitación no coincidía con la de los estados, se combinó con las convulsiones de 1989 para amortiguar seriamente los esfuerzos restantes de los movimientos históricos de oposición al sistema (la “vieja izquierda”) por fortalecer las estructuras estatales. Consignas como “piensa mundialmente, actúa localmente” omitían puntualmente el nivel estatal. Aunque los nuevos movimientos de oposición al sistema se volvieron antiestatalistas como forma de radicalizar su acción, a partir de entonces los viejos movimientos en contra del sistema comenzaron a renegar de su compromiso con el Estado de bienestar para reparar la pérdida de apoyo electoral por movimientos más abiertamente conservadores. Arrastrados en el len-

guaje del “libre mercado”, reconocían (por lo menos momentáneamente) el atractivo de la ofensiva friedmanita antikeynesiana de los años ochenta.

Toda esta confusión retórica parecía reflejar el agotamiento del modelo ideológico de dos siglos del liberalismo reformista y llegar al progreso humano mediante la aplicación y fomento estatal cada vez mayor del cambio racional, según el designio de los expertos tecnológicos. Pero el cambio del liberalismo reformista al libre mercado como ideología política no fue una operación simple. Porque el viejo modelo ideológico tenía una importante carta triunfante: había adquirido legitimidad popular sobre su propia historia al convencer a las fuerzas populares de que en algún momento, la actividad política resultaría conveniente. Esta idea luego sirvió para contener el “aventurismo político” y, de esta manera, resultó profundamente estabilizadora. El nuevo sustituto ideológico carecía de base popular histórica. Por lo tanto, tendría que demostrar sus posibilidades rápidamente o correr el riesgo de perder partidarios tan pronto como los obtuvo.

Así pues, la desintegración de las estructuras del Estado, que se comenzó a ver en los años setenta y ochenta, adquirió un matiz nuevo y más peligroso. Este fenómeno se estaba propagando, ya fuera como sustitución *de facto* de la autoridad y las funciones del Estado en las zonas locales por movimientos religiosos integristas, como actividades de las mafias de narcotraficantes, como etnias minoritarias militarizadas, como pandillas urbanas o movimientos como Sendero Luminoso. Pero el aspecto más importante de este fenómeno no fue su difusión, sino que las principales potencias mundiales parecían incapaces o sin ganas de hacer gran cosa al respecto. El desorden parecía extenderse lentamente, limitado sobre todo por el grado de agotamiento local debido a la aguda inseguridad y sufrimiento económico que suponía esa desintegración de la autoridad del Estado.

Parecía darse junto con esta aparente reversión de la tendencia ascendente del estatalismo una aparente reversión del ascenso del secularismo. Esto no es una sorpresa, ya que el estatalismo y el secularismo estaban vinculados históricamente. El secularismo era un concomitante esencial del estatalismo porque eliminaba un obstáculo muy importante para la definición necesaria de la ciudadanía como correspondiente por lo menos a todos los nacidos dentro de ciertos confines arbitrarios, que así adquirirían derechos y obligaciones. El Estado era una institución secular por excelencia y había necesitado liberarse de todas las pretensiones no seculares en la medida en que pretendía centralizar la autoridad.

El secularismo tuvo éxito mientras imperó la perspectiva del progreso, bajo la égida del liberalismo reformista. Se mantuvo la religión fuera de la política mientras se creyó poder alcanzar los fines políticos a través de la política y en el único escenario político que parecía importar: el Estado. Sin embargo, en la medida en que se atacaba al estatalismo, el secularismo comenzó a perder su principal justificación política. El resurgimiento con fuerza renovada de movimientos religiosos fundamentalistas, integristas y neotradicionalistas en todos los rincones del planeta, debería verse entonces no como el regreso a ciertas pautas anteriores al sistema-mundo moderno, sino

como una modalidad antiestatalista revisada que pretende alcanzar el objetivo sin cumplir de la modernidad: la equidad en la realización de una calidad decente de vida.

Claro que la cuestión es si el nuevo antiseccularismo es una reacción momentánea a una fase B que está pasando o algo más fundamental. En la medida en que se vincula a la “revolución” cultural expresada tanto en 1968 como en el derrumbe del liberalismo reformista, es probable que alimente la creación de una nueva política, de la cual se oyó hablar mucho en los años ochenta: la política de la identidad o la nueva fe en una multiplicidad transversal de “grupos” y, de esta manera, de reivindicaciones y derechos de los grupos.

La tercera nueva tendencia de los años setenta y ochenta fue el ataque a la pretensión de la ciencia científicista: tanto por las nuevas “ciencias” como por los defensores de la “cultura”. Por supuesto que se puede alegar que el cambio de paradigma es un fenómeno cíclico de la historia del pensamiento. Pero hay una diferencia. El viejo paradigma —la ciencia newtoniana, positivista, determinista— no era un simple modo de definir la ciencia de un grupo reducido de especialistas. En los dos últimos siglos había llegado a ser una fe imperante del moderno sistema-mundo, acaso la fe imperante.

Como tal, la fe en la ciencia era más que una cuestión epistemológica. Era un fenómeno político. El reformismo liberal justificaba su confianza en sí mismo a partir de la certeza del progreso tecnológico garantizado por la ciencia. No fue una casualidad que hasta el ideólogo antiliberal del siglo XIX, Karl Marx, defendiera los méritos de su programa por ser un “socialismo científico”. Así pues, como en el caso del secularismo, el científicismo fue un soporte ideológico necesario del estatalismo. Eliminar este punto de apoyo tiene graves consecuencias políticas y culturales en general.

Por último, al observar los acontecimientos de los años setenta y ochenta se advierte la aproximación de tres curvas de largo plazo a sus asíntotas, que pueden conducir a choques todavía más profundos para el sistema. La primera es la transformación de la fuerza de trabajo. Los analistas han percibido desde hace mucho tiempo la proletarianización como una tendencia secular del moderno sistema-mundo. En realidad se ha subestimado la lentitud con que se ha dado verdaderamente. Y se ha desatendido lo crítico para el sistema-mundo moderno de su falta de universalización como forma de trabajo.⁵

En realidad, la información parece indicar que no se está llegando a una fuerza de trabajo plenamente proletarianizada (según su definición clásica), sino más bien a una fuerza de trabajo aplanada en cuanto a la variación del grado de proletarianización a través de las diferencias entre la periferia y el centro, y lo rural y lo urbano. En efecto, estamos presenciando una uniformación tal de la distribución demográfica que cada vez resul-

⁵ Este tema se trata en el libro de Joan Smith e Immanuel Wallerstein (coords.), *Creating and Transforming Households: The Constraints of the World-Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.

ta más difícil trazar dicotomías claras entre lo rural y lo urbano (por lo menos en el seno de cada país). Todavía se desconoce el efecto de semejante aplanamiento. Pero parece eliminar uno de los principales medios a través de los cuales, a lo largo de la historia, se ha fraguado la recuperación del crecimiento económico, es decir, a través de la proletarianización de una parte de la fuerza de trabajo de "reserva", lo que muy a menudo significó la urbanización de personas que antes vivían en zonas rurales.

Se puede encontrar una segunda asíntota en el ámbito de la instrucción. En 1945 había una jerarquía muy marcada, en todo el mundo y en cada país, de los niveles de instrucción entre la población adulta. Pero el crecimiento económico posterior a 1945, junto con el triunfo del estatismo y la creciente urbanización, produjo una increíble expansión de la enseñanza primaria, otra importante expansión de la secundaria y hasta otra extraordinaria de la instrucción del tercer nivel. Esta tasa de crecimiento se desaceleró en los años setenta y ochenta, pero prosiguió no obstante. En cualquier caso, las curvas suben a los límites.

El problema de la universalización de la instrucción es que su éxito ha socavado sus virtudes políticas. La instrucción se había considerado como principal aval del reformismo liberal, que ofrecía a la vez oportunidades y movilidad social, por un lado, e integración social, por otro. Pero la instrucción para todos no ha hecho desaparecer las jerarquías; más bien, ha significado que el nivel absoluto de instrucción ya no sirva como principal criterio para determinar jerarquías. La consecuencia política de inmediato se hizo patente. Se atacó a la enseñanza por su supuesta falta de "calidad". Esto ha encubierto la creación de una jerarquía de niveles de calidad de la instrucción en niveles de cantidad, y la calidad se ha identificado con escuelas en particular a las que hayan asistido las personas. Claro que la medida cuantitativa siempre ha existido, pero se ha reanimado y amplificado para contrarrestar los efectos de la democratización del acceso a la instrucción. La consecuencia es que la confianza en las virtudes redentoras de la instrucción para disolver las desigualdades se ha visto socavada y se ha entonces viciado otro elemento estabilizador del sistema.

Por último, la tercera asíntota a la que parece que estamos llegando es la degradación ecológica. A lo largo de 500 años, la acumulación de capital se ha predicado a partir de la gran externalización de los costos por las empresas. Esto suponía por fuerza desechos y contaminación socialmente inconvenientes. Mientras hubiera grandes reservas de materias primas que desechar y zonas que contaminar, el problema podía pasarse por alto, o más exactamente, no considerarse apremiante. La espectacular expansión económica posterior a 1945, junto con otros adelantos científicos, ha hecho pensar cada vez a más personas que el mundo ha atravesado el umbral del peligro, es decir, a creer que el problema ya es apremiante.

Así pues, en los años setenta y ochenta la ecología se convirtió en un asunto político de primer orden. Las fuerzas políticas tradicionales han probado la solución parcial de asimilar verbalmente el problema. Pero éste es demasiado dramático para que le afecten ajustes menores y demasiado costoso para pagarlo fácilmente. Son extraordinariamente elevados los costos reales que supone acabar con los desechos,

poner remedio a la contaminación y luego no volver a crear este problema. El pago de estos costos amenaza con agobiar las posibilidades de la acumulación sostenida de capital. En cualquier caso, esta cuestión toca directamente el problema de la legitimidad de la actual polarización de la riqueza y los recursos.

Ninguno de los problemas que aquí se discuten es del todo novedoso. Sin embargo, todos parecen haber planteado agudos dilemas desde los años setenta y ochenta. Ninguno parece poder resolverse simplemente ingresando en una nueva fase A Kondratieff o una nueva fase A hegemónica. En realidad, una nueva fase ascendente es probable que exacerbara los tres problemas.

IV

A la luz de las pautas del sistema-mundo correspondientes a los años 1945-1990 que se han analizado ¿qué cabe esperar de nuestro futuro actual, 1990-2025? Formalmente, sólo hay dos posibilidades. Una es que el sistema-mundo siga funcionando más o menos como lo ha venido haciendo durante cinco siglos, a lo largo de su vida, como economía-mundo capitalista, sin duda con los constantes ajustes necesarios a la maquinaria del sistema. Esto significaría, respecto de los ciclos que se han venido analizando en este trabajo, que el ciclo Kondratieff ascendería de nuevo y que el ciclo hegemónico más prolongado iniciaría de nuevo su marcha de reconstrucción. El sistema-mundo podría ser distinto de muchas formas, pero en esencia seguiría siendo una economía-mundo capitalista, basada en una división axial del trabajo, intercambio desigual y un sistema interestatal.

La segunda posibilidad es que los nuevos fenómenos que comenzaron a advertirse en los años setenta, pero que sostuvimos que no podían analizarse simplemente como reflejos de un ciclo B Kondratieff normal ni como el inicio de la pérdida de hegemonía, resulten tan importantes y vastos que ya no parezca razonable esperar que el sistema siga siendo más o menos igual, con apenas algunos ajustes. En este caso, más bien cabría prever la germinación de una crisis o bifurcación del sistema, que podría manifestarse como un periodo de caos del sistema, cuyo resultado sería incierto. La metodología básica que utilizaremos es muy sencilla. Reuniremos los argumentos que podrían defender la segunda hipótesis, la de la crisis del sistema. Si los argumentos presentados no parecen plausibles o convincentes, entonces se sostendría la primera opción, la continuación normal del sistema, y así no haría falta discutir las por separado.

Puede ser útil distinguir en este análisis el decenio de 1990 del periodo 2000-2025. Ya estamos viviendo en los años noventa. Parece claro que será el final del subperiodo de la fase B Kondratieff, en la que se encuentra la economía-mundo desde 1967-1973. Hoy por hoy se afirma de manera general en los medios de comunicación y en el discurso político que los años noventa son un periodo de "recesión". Esto, por supuesto, no es más cierto ahora que desde hace ya más de dos decenios. Pero como los últimos años de una fase B a menudo son los peores en cuanto a desempleo y a la necesidad de

apretarse el cinturón, resulta más difícil para los comentaristas negar la realidad de una "recesión" mundial, negación que se han permitido las actuales potencias en los años setenta y ochenta.

Pronto podría presentarse, aunque no sea seguro, un espectacular "derrumbe" de los precios. Sería sencillamente una forma (aunque no la única) de que quienes se desempeñan peor desde el punto de vista económico se prepararan para una nueva expansión de la economía-mundo. También podríamos presenciar un agudo incremento de la agitación social. Es normal que, en los primeros años de la fase B Kondratieff, las clases trabajadoras tiendan a ser conciliadoras, con la esperanza de conservar sus empleos en un mercado laboral en riesgo. Pero en los años posteriores, las ventajas de seguir conciliando son menores que los riesgos que corre su nivel de vida ya de por sí disminuido y es una reacción normal el aumento de la militancia. A la vez que la intensificación de la lucha de clases constituye una reacción racional (porque se dirige de frente al problema mismo), en esos momentos también se acentúa la lucha interétnica menos "racional", como respuesta a la sensación de muchas personas de correr un peligro más inmediato por la restricción económica. Ahora no es distinto: en los años noventa estamos viendo aumentar (en comparación con otros momentos anteriores del periodo posterior a 1945) tanto la lucha de clases como las luchas interétnicas en todo el mundo.

La coincidencia de la fase B Kondratieff con el inicio de la pérdida de hegemonía le plantea problemas especiales a las grandes potencias, sobre todo a las del centro. Su equilibrio interno es más tambaleante que de costumbre y el temor de conflictos sociales en el propio país se convierte en la prioridad más urgente. También saben que la posibilidad de que les vaya bien en la expansión de una futura fase A depende de su capacidad de competir en un subcampo particular de la producción mundial, el de los nuevos productos de vanguardia. Esto también hace a esos estados volverse hacia dentro, en busca de fórmulas que compensen a la fuerza de trabajo de los sectores de estos nuevos productos y mantener a la vez una gran prudencia con las concesiones a las clases trabajadoras de los ámbitos de la producción considerados caducos. Si un periodo tal coincide con la fase culminante de una larga lucha por la supremacía hegemónica, puede conducir a una guerra mundial. Pero sólo al inicio de semejante lucha por la hegemonía, como la que vivimos actualmente, la combinación de ambos intereses internos conduce en cambio a estas potencias a la cautela en el terreno internacional. Las amenazas de uso de la fuerza, como enviar tropas fuera de las fronteras nacionales, pueden producir en el país una explosión social, dada una situación de conflicto social previo. Desde el punto de vista geopolítico, tal circunstancia puede resultar más bien paralizante, y esto es precisamente lo que estamos presenciando en los años noventa: en Bosnia, en Somalia, en Haití, en Corea y en todas partes.

Sin duda, esta situación de los años noventa normalmente sería muy transitoria. En algún momento, probablemente en el año 2000 más o menos, habría un ciclo económico ascendente. Se habrán "eliminado" suficientes empresas productivas no rentables en todo el mundo, así como situaciones de renta acumulada, y habrá

bastantes innovaciones en las posibles nuevas industrias de vanguardia, además de la necesaria restauración en todo el mundo de la demanda mundial, mediante una combinación de nuevas proletarizaciones y el aumento de los beneficios sociales a consecuencia de las renovadas luchas de clases, de modo que otra vez haya una base adecuada para el impulso de expansión de la economía-mundo. Esto no sólo es una previsión normal, sino que hay pocas razones para creer que esta vez no vuelva a ocurrir.

Así pues, en un nivel cabe esperar la continuación normal de las pautas del sistema-mundo. La cuestión es saber cómo los nuevos elementos de que hemos venido hablando afectarán a la pauta actual e interactuarán con ella. Someteremos a análisis esta mezcla desde el punto de vista de los mismos seis vectores utilizados para analizar el periodo 1945-1990: el sistema interestatal, la producción mundial, la fuerza de trabajo mundial, el bienestar humano mundial, la cohesión social de los estados y las estructuras del conocimiento.

Hoy en día es un lugar común que, dada la relativa disminución de la fuerza económica de Estados Unidos, el sistema-mundo se ha convertido en una terna, lo que significa que ahora hay tres sitios, o centros, en torno a los cuales se organiza la actividad económica, y que los tres pueden competir entre sí —es decir, pueden suministrar a precios parecidos los productos principales al mercado mundial—, de forma tal que ninguno de ellos, ni ahora ni en el futuro inmediato, podrá superar con facilidad a los otros. Esta triple distribución se ha discutido ante todo como fenómeno económico y desde luego constituye el centro de la realidad actual. Pero semejante reparto de la fuerza económica no puede dejar de tener consecuencias geopolíticas.

El final de la guerra fría ha vuelto arcaicas todas las instituciones creadas durante la misma. Éste es el principal problema de la OTAN. Es objeto de un gran apoyo retórico a la vez que se le ha otorgado en los hechos una función menor en el ámbito geopolítico posterior a 1989. En síntesis, las grandes potencias la tratan como a un adjunto secundario, igual que a las Naciones Unidas durante casi 50 años.

En el decenio de 1990, Estados Unidos sigue siendo, con mucho, la potencia militar más fuerte del mundo, *a fortiori* dado el derrumbe de la Unión Soviética. Pero se trata de una potencia cuya fuerza se está desvaneciendo, dada la disminución de su base financiera y de su legitimidad internas. Por el contrario, es muy probable que todas las otras posibles principales potencias militares del mundo —la Comunidad Europea, Japón, Rusia y China—, en los próximos 25 años adquieran más fuerza de la que tienen en los años noventa. Es más, es muy evidente que las armas nucleares ya no están fuera del alcance de las llamadas potencias medias. Quién de ellas tiene de veras esas armas, pronto tendremos que enterarnos; quién las tendrá apenas dentro de 25 años, es motivo de mucha discusión, pero la proliferación nuclear ya se está dando. La velocidad con que ocurran las cosas depende de cuánto pueda invertir e invertir Estados Unidos en maniobras de retaguardia contra esa proliferación. Es difícil creer que para el año 2025 no haya por lo menos varias docenas de países que cuenten con armas nucleares. Además están la realidad actual y la posible de la proliferación de las

armas químicas y bacteriológicas, que de por sí son más difíciles de vigilar que las armas nucleares.

De esta manera, apenas si es audaz imaginar un sistema-mundo donde se difunda ampliamente una considerable fuerza militar, sin la reconfortante concentración de dicho poder en dos eficaces puestos de mando (que se contengan el uno al otro), como era el sistema-mundo durante la guerra fría. La falta de dichos puestos de mando ofrece tres posibilidades principales, todas susceptibles de verificarse: una proliferación de guerras “menores” relativamente sin control; que numerosas fuerzas del Sur, coincidentes o conjuntas, desafíen militarmente al Norte en forma deliberada; y una difícil búsqueda en el Norte de nuevas alianzas con la esperanza de estabilizar el sistema interestatal.

La capacidad del Norte de contener una desintegración militar del sistema-mundo dependería del grado en que las llamadas principales potencias pudieran de verdad recrear las alianzas estabilizadoras. Esto, desde luego, es lo que se está discutiendo bajo el rubro de “definir una nueva función de la OTAN”. Con todo, la probabilidad de que esto ocurra depende de la lucha actual por la creación de nuevos casi monopolios en la producción mundial. Esta lucha definirá la capacidad de cada uno de los tres centros de retener o incrementar su fuerza económica general y, en consecuencia, su capacidad de acumular capital y de sostener y mejorar los niveles de vida en su país.

Durante la fase A Kondratieff, será aguda la competencia entre los tres centros, al tratar cada uno de ellos de conseguir una ventaja económica suficiente para “poseer” cierta ventaja tecnológica y obtener así los ingresos que *de facto* derivan de los monopolios de mediano plazo. En parte se trata de una lucha por concentrar las patentes críticas que inmediatamente después producirán grandes márgenes de beneficios. Si los tres centros no están muy apartados, como en los años noventa, no es probable que mantengan este equilibrio relativo en el periodo 2000-2025. Es probable que uno se adelante, como ha sucedido con tanta regularidad en pasadas competencias de este tipo.

La competencia económica plantea dos tipos de problemas. Las transnacionales situadas sobre todo en alguno de los centros están individualmente, y también con otras transnacionales, buscando acuerdos óptimos para desplegar su capacidad de acumular capital. Esto exige la creación de alianzas entre las empresas y apoyo de sus aparatos estatales. Que haya tres centros, y no dos, significa que la estructura es inestable. Conforme avanza la competencia, habrá la tentación de reducir la terna a un par, ya que así los dos que se vinculen tendrán una clara ventaja sobre el tercero. Por otra parte, toda lucha por reducir la terna a un par exacerbará las tensiones latentes entre ellos y hará más difícil que los gobiernos se pongan de acuerdo sobre un frente común del Norte ante los desafíos militares que estén surgiendo en el Sur.

Las transnacionales ya están maniobrando, pero hasta el momento no ha surgido una pauta clara. En el intento de obtener el control de los nuevos productos de vanguardia —microcomputadoras, biotecnología, superconductores, informática audiovisual, gestión de desechos y demás—, Estados Unidos tiene la ventaja de contar con los mercados más grandes, pero la desventaja de que sus estructuras de produc-

ción no son eficientes al máximo y tiene una red excesiva de funcionarios medios, de verdad abultada. En Japón ocurre prácticamente lo contrario: las estructuras de producción en general son eficientes (comprendido, desde luego, todo el sistema de subcontratación) y carecen de los mercados internos necesarios para absorber la producción. Europa Occidental parece quedar entre ambos casos. Claro que los gobiernos y las transnacionales se dan cuenta de estas diferencias y han estado activos para reducir los aspectos negativos. Pero es más fácil decirlo que hacerlo.

Como equipos en preparación para la gran competencia, los tres centros han estado alistando sus fuerzas mediante la creación de redes regionales que pueden ser, pero no lo son todavía, reductos proteccionistas. La Comunidad Europea es una entidad con el mismo peso aproximado que Estados Unidos y Japón, o quizá Estados Unidos con Canadá y Japón con los llamados cuatro dragones. Cada uno de estos tres centros ha estado extendiendo su influencia incluyendo en una relación privilegiada a algunos países que son zonas de producción de menor costo: México para Estados Unidos (TLC), partes del sudeste de Asia para Japón, posiblemente Europa Central y del Este para Europa Occidental.

En esta situación, el resultado de cualquier esfuerzo por reducir esa terna a un par es más probable que vea unirse a Japón con Estados Unidos que a cualquiera de éstos dos con Europa. Los motivos no son sobre todo económicos, ya que desde el punto de vista económico es probable que cualquiera de las tres combinaciones funcionara igualmente bien. Los motivos son, de manera más general, políticos y culturales.

Primero que nada, hay que considerar lo que puede llamarse las posiciones especiales de China y Rusia. Estos dos países combinan su actual y su potencial peso militar y político con grandes poblaciones muy dispuestas y prontas para hacer las veces de mercado de importaciones y suministro de mano de obra más barata para la producción mundial. Claro que también hay otros países con la segunda de estas características, pero la combinación de ambas es lo que les confiere a aquéllos una posición especial y un considerable poder de negociación. En la lucha por la supremacía constituirá un premio mayor incorporar a China o a Rusia en alguno de los centros. Japón evidentemente quiere incluir a China en su centro, pero, pero por razones históricas, parece difícil que ocurra así; sería más fácil para Japón y China que Estados Unidos se sumara a ellos en una triple alianza. Europa tiene poco que ofrecerle a China pero mucho a Rusia, y hará un gran esfuerzo para atraerla a su centro. Rusia podría interesarse por un vínculo con Estados Unidos, pero no está claro que este país tuviera el vigor político y económico para fraguar este tipo de relaciones con China y Rusia a la vez; y, tanto por razones geopolíticas como históricas, China le interesa más a Estados Unidos.

Independientemente de la relación de la terna con Rusia y China, otra consideración más aproximada a Estados Unidos y Japón, y aparta más a Europa y Estados Unidos. Japón no podrá, por razones políticas, desarrollar plenamente sus posibilidades militares por lo menos en otros 25 años. Por lo tanto, necesita un aliado militar, y Estados Unidos es el candidato obvio. Europa, por otra parte, tiene gran interés en desplegar

ahora una mayor presencia militar en el mundo y en realidad sólo puede lograrlo en la medida en que afloje sus vínculos con Estados Unidos.

La cuestión militar se liga a un tercer factor, que podría denominarse el asunto cultural en general. Japón y China tienen interés en confirmar la centralidad de Asia Oriental en el panorama cultural mundial, confirmación que se opone a las pretensiones eurocentristas respecto de la geocultura del sistema-mundo. Claro que no pueden hacerlo si se alían con Europa. Estados Unidos, desde luego, deriva culturalmente de Europa, pero merced a su estructura cultural híbrida probablemente es más flexible a la larga que Europa en este aspecto. Por otra parte, Europa se quiere reafirmar como centro de la cultura europea, función que ha usurpado Estados Unidos después de 1945. Europa lo puede lograr con mayor facilidad si se distingue de Estados Unidos que si se aproxima.

Así pues, éstas son las razones por las que cabe prever que surja un par, si hubiera de surgir, formado por Japón, Estados Unidos y China, contra Europa y Rusia. En el decenio de 1990 seguimos en una situación de terna y hay una gran discusión pública entre Estados Unidos y Asia Oriental. ¿Pero de veras piensan lo que afirma cada parte? Bien pudiera ser que esas disputas públicas no sean sino una cortina de humo de retórica tras la cual se estén forjando las alianzas geopolíticas de principios del siglo XXI.

La verdadera cuestión es si la pareja que se forme, cualquiera que sea su composición, permitirá al Norte afrontar los retos que llegan del Sur, que no son precisamente retóricos. Hay que preguntar cómo reaccionará el Sur ante el surgimiento de una pareja del Norte. Al principio, muchos países del Sur podrían tratar de incorporarse en los centros. Se ofrecerán, por así decirlo, para participar en una integración más estrecha en las redes de producción que se estén construyendo; en realidad muchos ya lo están intentando. Pero no basta ofrecerse para la explotación, hay que ser aceptados. La capacidad económica del Norte, desde el punto de vista de la inversión monetaria y humana, no es ilimitada. Las famosas inversiones extranjeras directas procedentes de los países más fuertes tienden, por lo tanto, a dirigirse adonde rindan mejores dividendos. Como hemos visto, la mayor parte se orienta de una parte de la zona central a otra, o a las zonas semiperiféricas con vínculos políticos privilegiados. Otra gran parte suele dirigirse a los países a los que comienza a dárseles prioridad, por razones políticas o económicas, o ambas, y ya hemos indicado las razones por las cuales China y Rusia serán esas zonas prioritarias. Por último, una parte ha de dirigirse a mitigar los sustratos conflictivos de los principales países del centro. Una vez distribuida toda esa inversión ¿cuánta quedará en la próxima fase A para la otra mitad del planeta? Es probable que no quede mucho. Claro que habrá inversión selectiva en enclaves en todas partes, pero, como sabemos por las anteriores fases A, no será gran cosa, casi sin duda será insuficiente para satisfacer a las poblaciones agitadas y cada vez más numerosas de los países más grandes del Sur.

Lo que parece muy posible es que ingresemos en un círculo vicioso de poca inversión, de donde surja una sensación mayor de exclusión que genere conflicto social y vuelva a estos países sitios cada vez más inseguros para invertir y, por lo tanto, la

exclusión sea todavía mayor. Y todo esto estaría sucediendo mientras la nueva fase A de expansión pareciera ofrecer un nivel de vida más reluciente que nunca antes a las poblaciones del Norte, o por lo menos a sus grandes capas medias. El abismo que siempre ha existido entre las zonas—cuya profundidad cada vez más grande ya se ha discutido acaloradamente en el periodo 1945-1990—podría magnificarse, en realidad, pero sobre todo su percepción.

En la próxima expansión económica planetaria, para la estructura de la fuerza de trabajo mundial, las repercusiones de la competencia entre una pareja en el Norte, combinada con un abismo cada vez más grande entre Norte y Sur, serán el reforzamiento de las pautas ya descritas para el periodo 1945-1990. La desruralización sostenida de la fuerza de trabajo mundial empujará cada vez a más personas a los centros urbanos que se están desparramando, donde se emplearán, en la medida en que lo consigan, en redes cada vez más extensas de estructuras laborales de tiempo parcial, no estructuradas y de subcontratación. Estarán en todo el mundo, en el Norte y el Sur, pero tendrán una composición jerárquica que constantemente alentarán a los individuos más fuertes a buscar la movilidad ascendente emigrando hacia arriba.

La emigración ascendente en números cada vez más nutridos puede resultar enormemente perturbadora para los países del Norte. Cuando se dé la nueva fase A, habrá presiones muy fuertes de parte de los empleadores para permitir una mayor emigración legal, y si eso no se consigue, para coludirse en sistemas más difundidos de inmigración ilegal, lo que a su vez se topará con una resistencia constante de los grupos cuyos niveles salariales y hasta sus empleos corren peligro por este ingreso.

Desde el punto de vista económico, esto podría parecer lo contrario de la polarización, ya que supondría cierto aplanamiento de las diferencias salariales entre el Norte y el Sur, en la medida en que el ingreso de emigrantes haga bajar efectivamente los niveles salariales en el Norte. En realidad, el sistema-mundo moderno se convertirá en un círculo completo en la estructuración de la fuerza de trabajo mundial. Originalmente, los salarios bajos eran la norma en todo el sistema-mundo, con pocos focos de actividades de salarios altos. Las pautas iniciales de la industrialización produjeron una concentración geográfica de focos de salarios altos, tal que los países donde se situaban las actividades centrales tuvieron porcentajes cada vez más elevados de personas para quienes la “ley de acero de los salarios” significaba poco. Al aumentar la desruralización de la fuerza de trabajo mundial y devaluarse la rentabilidad de los tipos de producción que contratan a una numerosa fuerza de trabajo, estamos volviendo de nuevo a una situación en la que la distribución de los empleos de salarios bajos y altos se está volviendo algo más plana mundialmente. Pero con una importante diferencia: hoy es considerable la brecha entre los ingresos de supervivencia y los mayores que eso, a diferencia de como fue entre los siglos XV y XVIII. Así pues, un abismo creciente entre el centro y la periferia cada vez se verá o se definirá menos como fenómeno claramente geográfico y cada vez más como fenómeno de clases en todos los países.

Esta situación es la peor de todas para los interesados en la estabilidad política del sistema-mundo actual. Por una parte, las poblaciones del Sur, que seguirán estando en peores condiciones y serán las más desesperadas, pueden estar dispuestas a tomar en consideración una agitación más seria contra el sistema. Por otra parte, los estratos inferiores de los países del Norte ya no disfrutarán de algunas comodidades en las que se les había invitado a participar en el periodo posterior a 1945 y, lo que es más importante, ya no estarán seguros de que sus hijos vayan a disfrutar de una mejor calidad de vida que la de ellos mismos.

En los países del Norte esto no sólo podría producir desorden, sino muy extensamente el fin del jacobinismo, ese ideal de Estado-nación integrador, cuya justificación última era la desigualdad que podía garantizar entre los estratos trabajadores del Norte y los del Sur. La expresión político-cultural de la desintegración del jacobinismo es el ascenso del “pluriculturalismo” en muchas versiones. Aunque tenga un éxito parcial, la afirmación de los “derechos de los grupos” interferirá con la capacidad de los países del Norte de movilizarse políticamente (y militarmente) contra los del Sur. Pero esto será en un momento histórico del sistema-mundo en el que, como hemos visto, los países del Norte tendrán mucha necesidad de movilizar el apoyo de las masas en sus países, debido a la mayor destructividad de las armas de que disponga el Sur en el umbral mínimo elevado. Es decir, aunque los países del Norte sin duda sigan manteniendo una considerable ventaja tecnológica en su capacidad militar, el poder de los países débiles por primera vez será suficientemente destructivo para volverse de verdad peligroso. Si, además, la identidad nacional se fragmenta en los países del Norte, no queda claro cómo puedan oponerse realmente a un desafío militar de los países del Sur.

Aquí es donde el vector del bienestar mundial emerge como variable política crítica. El aumento en apariencia constante a lo largo del tiempo de la instrucción escolar, de los servicios de salud y la disponibilidad de alimentos nutritivos ha sido un pilar del sistema-mundo, por desigual que haya sido la distribución de ese bienestar. Las exigencias de la competencia diádica y la vasta transferencia migratoria de poblaciones ejercen gran presión —ya la han venido ejerciendo— en la capacidad de los gobiernos, tanto del Sur como del Norte, para mantener sus niveles actuales de prestación de servicios. Al mismo tiempo, al aplanarse la distribución urbana, tanto en los países como entre ellos, en combinación con los efectos a largo plazo de los compromisos retóricos del sistema-mundo con el bienestar humano, ha aumentado mucho la demanda de democratización, concepto cuya realidad en buena parte se ha medido *de facto* desde hace mucho tiempo por la distribución de los servicios de bienestar.

El significado de esto es muy sencillo. Por primera vez desde hace por lo menos 200 años, los gobiernos están tratando de recortar en todas partes los niveles anteriores de gasto en servicios sociales de todos tipos. Pero en este preciso momento las poblaciones están presionando para que haya un aumento significativo del gasto público para servicios sociales de todas clases. Es más, los movimientos de los substratos étnicos y de las mujeres están insistiendo con todo derecho en un mayor aumento especial de

esos servicios para ellos, como grupos antes desatendidos. Es muy obvio que se trata de un agudo efecto de tijera y se expresa como la “crisis fiscal de los estados”.

En la medida en que los países no resuelven sus crisis fiscales, debilitan la estabilidad del ámbito de las empresas capitalistas, necesaria para permitir que éstas corran riesgos relativamente racionales. Por otra parte, mientras tratan de resolver sus crisis fiscales con ciertos tipos de recortes, los recortes posibles y que tendrían mayor significado desde el punto de vista financiero —a las denominadas prestaciones— forman una buena parte de los ingresos de los estratos medios de los países del Norte. Éstos son los mismos estratos medios cuyos números inflados son el blanco de esas empresas que están buscando reducir al máximo su personal, en la competencia del mercado mundial. La reducción de los empleos de los estratos medios (por parte de las empresas y de los gobiernos que mantendrán menos empleos de ese tipo en las actividades vinculadas a la investigación) combinada con la disminución de las prestaciones de esos mismos estratos, será un ataque precisamente contra los elementos que han sido los partidarios fieles de los países liberales del Norte y sus principales soldados en el esfuerzo por contener el descontento de los estratos más bajos.

Además, no sólo corren peligro de esta manera los estratos medios del Norte, sino también (aunque de otra manera) los estratos medios del Sur, más reducidos pero de igual importancia política. En el periodo posterior a 1945, la superación de la situación política y económica de los estratos medios del Sur fue todavía más espectacular que en el Norte, aunque ese grupo ocupe un porcentaje mucho menor de la población nacional. Fueron los principales beneficiarios de los proyectos de los movimientos nacionales de liberación y han tomado el nivel de vida de sus equivalentes de los países del Norte como medida de lo que deben aceptar. Su sustento ha sido costoso para los presupuestos públicos, en cierta medida a través del suministro legal de privilegios y también a través de adquisiciones ilegales. Ahora han comenzado a restringirse, en parte a través de los programas de ajuste estructural impuestos por el FMI y otras estructuras mundiales y en parte por la rebelión popular precisamente en contra de sus privilegios. Además, han perdido el sentido de misión que el proyecto de liberación nacional les había ofrecido y que les había conferido legitimidad ante los estratos populares y ante sí mismos. De la revolución a la corrupción no hay una trayectoria muy regocijante. Por supuesto, esta trayectoria no se ha dado sólo en los estratos del Sur, sino sobre todo del Norte, como lo demostró ampliamente la revuelta política de Italia en los años noventa. Esto, por supuesto, debilita todavía más el marco político del sistema-mundo.

La disminución del bienestar mundial y sobre todo la disminución de la confianza en su incremento son un duro golpe contra la cohesión social de los estados. Y no es el único golpe fuerte. En efecto, en gran medida se debe a la disminución mucho más importante de la confianza en los movimientos tradicionales contra el sistema y por ende a la fractura de la confianza en la eficacia del reformismo racional. No se trata de una mera alza y baja cíclica, o por lo menos es mucho más que eso. Hemos sostenido que la revolución mundial de 1968, concluida en 1989, supuso un proceso de cambio irreversible de la psicología social colectiva. Marcó el fin del sueño de la modernidad,

no el fin de la búsqueda de sus metas de liberación e igualdad humanas, sino el fin de la confianza en que en la economía-mundo capitalista el Estado podía servir para proporcionar y garantizar el avance constante hacia la consecución de esos objetivos.

El gran estabilizador del sistema, que hizo posible la cohesión social de los estados, ha sido un optimismo de fondo en el largo plazo. Ya no existe. No porque lo haya sustituido un pesimismo respecto al largo plazo, sino más bien una aguda incertidumbre y un miedo persistente. El miedo no es nuevo, pero ha sido un temor a ciertas personas, grupos o instituciones; ese miedo podía contrarrestarse con la lucha para vencerlos. El miedo que ahora invade es mucho menos tangible, es el temor de un derrumbe general y de que nada se esté haciendo o se pueda hacer para impedirlo. Este tipo de miedo produce un comportamiento mucho más errático e incontrolable.

Los distintos países, por supuesto, a menudo han sido débiles o han sufrido ataques en su seno. Pero normalmente los atacaban distintas estructuras orgánicas con proyectos claros a largo plazo. No se trataba sólo de las organizaciones y proyectos de la vieja izquierda. También de las organizaciones y proyectos de las Iglesias disidentes (para definirlos de manera general) y hasta de las mafias. Todas estas estructuras con proyectos tenían un optimismo interno que hacía a sus integrantes militar con impaciencia en el corto plazo, pero tener una paciente confianza en sus perspectivas a largo plazo. En la medida en que esos movimientos a través de su militancia habían podido lograr triunfos provisionales para sus integrantes (es decir, un incremento del bienestar humano), su retórica antiestatal ha producido en realidad a lo largo de la historia un aumento, y no una disminución, de la cohesión social de los estados.

Hoy en día han surgido algunos movimientos sustitutos, con una retórica contra el Estado parecida. Algunos han adoptado la forma de integrismos religiosos, otros la renovada reivindicación de separatismos étnicos. La cuestión no es si esos movimientos pueden movilizar a las poblaciones a corto plazo, sino si pueden lograr objetivos provisionales para sus integrantes en el mediano plazo. En algún momento, se exigirá a estos movimientos que asuman cierta responsabilidad de gobierno, como ha ocurrido siempre. Y en ese momento su capacidad de satisfacer las expectativas depende menos de sus programas o de su sabiduría que de las posibilidades estructurales que les ofrezca el sistema-mundo. Esto último es lo que ha cambiado. En este caso, estamos ante otro círculo vicioso: la desilusión ante los viejos movimientos contra el sistema y las perspectivas del reformismo liberal debilitan a dichos movimientos y la cohesión social de los estados; esto abre paso a otros movimientos, que pueden tener éxito local y luego ser incapaces de proporcionar bienestar humano; y conduce a debilitar todavía más la cohesión social de los países. Ahora parecemos estar justamente en ese ciclo.

Hay un problema final, que afecta simultáneamente la estabilidad del sistema interestatal, la rentabilidad de la producción mundial y la cohesión social de los países. Concierne a una cuestión social que por primera vez adquirió gran interés en los últimos 25 años: la ecología o la salud de nuestro ecosistema. La ecología había sido desde hace mucho tiempo una preocupación local, sólo en fecha reciente adquirió importancia mundial. La razón es muy clara: la expansión constante de la

producción y de la población mundiales había comenzado a agotar los márgenes restantes para los desechos en el ecosistema mundial. Las limitaciones objetivas se hicieron muy patentes y en muchos casos atemorizantes. No se trata de repetir esta historia, sino de presentar los dilemas que supone resolver este problema. Hay en ello dos tareas colectivas: reparar los daños causados y reducir al mínimo el daño futuro. Las dos son costosas, pero la forma de pago es distinta. En esencia, reparar los daños ya causados con mayor eficacia es una tarea que sólo pueden emprender los gobiernos, y para financiar esta actividad se requieren impuestos. Reducir al mínimo los daños futuros se puede hacer de la manera más eficaz obligando a las empresas a internalizar los costos.

La cuestión básica es quién se hará cargo de los costos y qué prioridad tendrán éstos frente a otros gastos. En cada país, los costos de reparación se pueden considerar como parte de la factura general del bienestar, ya que el meollo del asunto es la salud pública. En un contexto en que el nivel de gastos en bienestar está disminuyendo y es objeto de ataques constantes ¿qué posibilidades hay de incorporar verdaderamente en los presupuestos del Estado una factura para llevar a cabo una reparación significativa de los daños? Es decir ¿en qué medida se aplicará un gravamen progresivo o de acuerdo al consumo? Es claro que estamos incorporando un elemento muy conflictivo en una polémica ya de por sí explosiva sobre la función de los gobiernos en la reducción o conservación de las desigualdades internas.

En cuanto al sistema de producción mundial, la internalización obligada de los costos (no pocos) de la gestión de los desechos limitará seriamente la rentabilidad de las empresas en una situación en que los aumentos mundiales crónicos de los niveles salariales ya están ejerciendo fuertes presiones sobre las ganancias. Sin duda, si todas las empresas sufrieran presiones exactamente paralelas (propuesta dudosa), esto no afectaría su posición en la competencia, pero podría seguir afectando el nivel general de ganancias, si se supone que la elasticidad de la demanda es menos de uno. Claro que la gestión de desechos se ha convertido en una empresa rentable, pero sólo para las compañías que se especializan en eso y sigue implicando costos para todas las demás.

Una solución que interesará a muchos en el Norte es exportar los costos al Sur, trasladando los desechos y las industrias que no quieren internalizar los costos de la gestión de desechos y tratan, en consecuencia, de eludir los controles burocráticos. Respecto al sistema interestatal, esto supondrá otro significativo aumento de la polarización entre el Norte y el Sur en un momento en que, como hemos visto, la estabilidad militar del sistema interestatal estará muy debilitada, en especial respecto al eje Norte-Sur.

La dificultad final se sitúa en las estructuras del conocimiento. El moderno sistema-mundo se ha fundado en la confianza en la ciencia, entendida como progreso tecnológico ilimitado, y en consecuencia como cimiento del bienestar humano mundial. La ciencia como racionalidad y por tanto como aval de la estabilidad social e inspiración del reformismo racional. Hemos analizado el grado en que se ha puesto en tela de juicio esta confianza en la ciencia en los últimos 25 años, de manera más radical y corro-

siva para la confianza colectiva que cualquier crítica que la ciencia haya enfrentado por lo menos en 200 años.

Los desafíos intelectuales y morales de la sencilla confianza en una ciencia que pudiera y fuera a cumplir su tarea social de posibilitar un mejoramiento colectivo se dan justamente en el momento en que, con el fin de la guerra fría, la ciencia organizada está perdiendo la extraordinaria base financiera que había obtenido después de 1945. En todas partes se está reduciendo el presupuesto para la gran ciencia, que debe afrontar el problema de otros usos de los recursos colectivos, sin la ventaja de que esos gastos se puedan disimular en los costos militares. No hay que olvidar que la ciencia como empresa es una organización social tanto como una actividad intelectual, y el ataque burocrático afecta la contratación, la confianza y el optimismo.

La ciencia organizada se encuentra en una posición parecida a la de los movimientos contra el sistema. Avanza el desencanto, aunque todavía no al grado que ha afectado a los movimientos contra el sistema. La nueva ciencia representa un intento de respuesta a los callejones sin salida intelectuales. También puede tener repercusiones para la organización social de la ciencia. Los propios intentos de recuperar fuerzas contra el sistema mediante la creación de nuevos movimientos sociales, menos ligados a la búsqueda del poder estatal, se han convertido en otro obstáculo, tanto intelectual como orgánico, para que la ciencia organizada salga adelante en la lucha por mantener y restablecer su posición privilegiada. La cuestión es si la nueva ciencia no quedará atrapada entre un grupo todavía fuerte y decididamente comprometido con el positivismo, y los que rechazan la ciencia *per se*. Se trata en parte de una cuestión de organización, pero también intelectual en gran medida. Al insistir en la indeterminación inherente del futuro, en la imposibilidad de la precisión cuantitativa, en la índole transitoria de las teorías, la nueva ciencia puede haber resuelto muchos de los acertijos intelectuales planteados por la ciencia newtoniana. Pero sus practicantes también se pueden encontrar en la posición de los movimientos de reforma: al querer salvar la casa de la ciencia pueden haber socavado su legitimidad social, al menos en el marco del sistema vigente.

¿Esta serie de dilemas de los principales vectores institucionales del sistema-mundo representan un caos del sistema? Conoceremos la respuesta sólo mediante la observación de la realidad social conforme se desenvuelve. Podremos vigilar esta realidad en cinco campos principales, para cada uno de los cuales se podrá observar la medida en que haya una gran oscilación del comportamiento que el sistema quizá no pueda contener. Todos estos campos constituyen una zona sensible, en la que demasiada oscilación puede, si se permite la metáfora, sacar para siempre de su ruta al vehículo.

El primer campo es el de los "grupos", o más exactamente, de los *Gemeinschaften*. Un *Gemeinschaft* es el tipo de grupo definido según algo que sus integrantes tienen (ficticiamente) en común y que siempre reclama lealtad por encima de los intereses egoístas. La historia del sistema-mundo moderno no ha sido la eliminación de los *Gemeinschaften*, sino su subordinación a la supremacía de uno en particular, el de la

“ciudadanía”. Ésta, por supuesto, se ha identificado por completo con los estados. En principio, en el moderno sistema-mundo, por lo menos desde hace dos siglos, todas las personas tienen que ser ciudadanos de algún país y normalmente de uno solo. Ha habido excepciones a esta regla, pero se han considerado anomalías. Claro que esta regla se mantiene. La cuestión para el futuro inmediato no es si sigue existiendo la ciudadanía y si exige lealtad, sino si ésta seguirá predominando.

Conforme disminuye la capacidad de los estados de responder a las demandas que actualmente expresan los ciudadanos (por las razones antes explicadas) y mientras, sobre todo, desaparece la confianza de los ciudadanos en que el Estado pueda responder y en algún momento responda a sus demandas, es natural que se haga más atractiva la pretensión de prioridad de otros grupos, otros *Gemeinschaften*. En efecto, como hemos sostenido, este proceso ya ha comenzado. Se nutre de dos elementos muy diferentes. Uno es el temor relacionado con la supervivencia en una situación en que los estados parecen menos capaces de garantizar la seguridad y la estabilidad. El otro es la demanda de democratización, la sensación de que los estados han ignorado sistemáticamente las necesidades de ciertos grupos, que entonces *de facto* han quedado excluidos de los beneficios logrados por otros ciudadanos. Ambas preocupaciones conducen a la organización militante de esos grupos. Pero la segunda motivación lleva a los grupos a oponerse a los estados, mientras que la primera los lleva a oponerse a otros grupos.

El problema es que en la organización social real, la línea divisoria entre ambas motivaciones no es muy clara y los grupos reales a menudo se dividen por estrategias, según si el objetivo primario es la propia protección (y en consecuencia el crecimiento del grupo) o la democratización (o igualdad). Es fácil concebir una situación en la que operen tres fuerzas: las que están a favor de que crezca el grupo, las que defienden la democratización y las que defienden el *statu quo* de la “ciudadanía” (igualdad formal pero jerarquía *de facto*). En una situación de polarización económica, de ausencia de un equilibrio geopolítico estable y derrumbamiento de algunos de los fundamentos ideológicos del sistema-mundo, no es improbable ver un confuso zig zag de luchas entre estas tres fuerzas, en el seno de los estados y entre éstos, que se alimentará de sí misma.

El segundo campo es lo que puede llamarse orden policial. La capacidad del sistema histórico de funcionar se predica sobre un mínimo de orden policial, es decir, en cierto grado de confianza general en la seguridad cotidiana de las personas y la propiedad. El nivel de seguridad nunca es perfecto, pero normalmente es elevado. Si no lo es, el sistema de producción no puede funcionar y pronto surgen grandes problemas de distribución material. Además, se vuelve muy difícil hacer funcionar cualquier institución política o cultural.

En nuestro moderno sistema-mundo, los estados garantizan el orden policial a través de la fuerza, la recompensa y la confianza para imponer el orden. El grado de orden interno, por supuesto, no ha sido uniforme en todos los estados. Los estados que tienen numerosos procesos, como los del centro, siempre han tenido más recursos (materiales y espirituales) para mantener el orden interno con eficacia. Pero el

rasgo extraordinario del moderno sistema-mundo ha sido su capacidad de fomentar grados cada vez más elevados de orden interno en todo el mundo, a partir de estados seculares legitimados por la soberanía popular y participantes en la singular división del trabajo de la economía-mundo.

Hemos revisado algunas de las razones por las cuales este crecimiento secular de la "estatalidad" (que es otro nombre del orden policial) puede haber dejado atrás su apogeo y estar debilitándose por primera vez. La cuestión es si declinará tan gradualmente como ha ascendido en la historia. Hay motivos para dudarlo. El aumento de la estatalidad puede ser gradual porque se sostiene en el supuesto de que adquirirá mayor volumen, consecuencia de la confianza en el progreso, en la ciencia y en la credibilidad del reformismo racional. Pero si fallan estos pilares, el efecto puede ser dramático. En un panorama de futura declinación de la estatalidad, la prisa por sacar ventajas (o más bien, por evitar las desventajas) puede ser muy precipitada. La confusa lucha entre los grupos antes mencionada reforzaría, desde luego, esa precipitación.

El tercer campo corresponde al orden militar, que es un aspecto del sistema inter-estatal. Las guerras, desde luego, han sido tan crónicas en el moderno sistema-mundo como anteriormente en la historia. Con todo, es importante ver que, a lo largo del tiempo, han tendido a dos tipos principalmente. El primero son las guerras de conquista, que han participado en la formación de una división axial del trabajo entre el centro y la periferia. Hoy se dice que han sido guerras iniciadas por el Norte para subordinar al Sur. El segundo son las guerras de hegemonía, la lucha entre los estados del Norte por la supremacía, que han culminado en guerras mundiales. En el proceso histórico han desaparecido otros dos tipos de guerras o se han eliminado. Se han suprimido las guerras entre los países del Sur. En efecto, el "restablecimiento del orden" en el Sur fue uno de los grandes temas imperialistas del siglo XIX. Y las guerras iniciadas por el Sur contra el Norte no han sido posibles. Las guerras de liberación nacional, por supuesto, las ha iniciado el Sur, pero por definición y por su propósito tenían límites territoriales.

Lo que ha comenzado a presentarse en los últimos años es un nuevo surgimiento de guerras entre los países del Sur, así como guerras iniciadas por el Sur contra el Norte que trascienden las fronteras nacionales. Es indicio de disminución de la fuerza militar colectiva del Norte. De nueva cuenta, ya hemos analizado los orígenes de esta decadencia: tecnológicos, económicos y, sobre todo, derivados de la psicología social colectiva. Aquí otra vez, como en el caso del orden policial, la cuestión es si una decadencia del orden militar puede ser tan gradual como su ascenso. Y también, cabe dudar si esto en verdad es posible. Las posibilidades de la guerra están tan condicionadas por lo que hay en la mente de los que hacen la guerra como por lo que tienen o pueden tener entre las manos. Un "ataque de nervios" en el Norte puede precipitar una desintegración de los diques protectores contra los dos tipos de guerra que se suprimieron en el moderno sistema-mundo. Claro que cualquier tipo de fractura del orden militar de inmediato afectará al grado de orden policial posible e intensificará la lucha entre los grupos.

El cuarto campo es el del bienestar, y en particular la salud pública y la distribución de alimentos. El gran logro del moderno sistema-mundo ha sido la constante mejora de la salud pública y la distribución de alimentos para el tercio menos privilegiado de la población mundial. Hemos examinado algunas de las razones por las cuales esto ha comenzado a deteriorarse: el mal funcionamiento del ecosistema, la intensificación de los flujos migratorios, las demandas persistentes de los no privilegiados para que se les incluya en los beneficios, el crecimiento demográfico mundial.

En los últimos 200 años, los ideólogos del sistema-mundo se han estado felicitando por la eliminación de las enfermedades y las hambrunas. También aquí cabe preguntarse si no ha quedado atrás el apogeo y ahora estamos en la curva descendente. La sensación general sigue siendo —ante las nuevas pandemias como el sida y los indicios de renovación de las hambrunas como sucede en África— que se trata de un problema tecnológico abierto a solución con suficiente inversión de dinero y de actividad intelectual. Y así puede ser, siempre que no aumente la cantidad de esos problemas y no afrontemos fracturas del orden policial y militar. Pero, claro está, hemos indicado por qué podemos afrontar dichas fracturas del orden, en cuyo caso bien podría ocurrir que los problemas de salud básica se extiendan muy velozmente y desborden la capacidad del sistema sanitario mundial de ocuparse de ellos. En este campo, como en los demás, las oscilaciones pronto pueden hacer que se pierda el control.

Semejante interpretación del presente no toma en cuenta que las instituciones religiosas del mundo afrontan hoy un desafío mucho más fundamental que el de la ciencia newtoniana o el liberalismo, que han resultado ser en este aspecto tigres de papel. El gran reto es la demanda de plena igualdad de las mujeres. Es un hecho histórico que las principales estructuras religiosas del mundo se han levantado sobre supuestos y actitudes hacia las mujeres que no son en realidad compatibles con su demanda de plena igualdad. Esto se debe, sin duda, a que todas las instituciones religiosas del mundo han tenido como preocupación central el control de la sexualidad.

No nos proponemos aquí sugerir cómo podría resolverse este conflicto. Sólo queremos señalar que es muy agudo y en extremo perturbador socialmente. El surgimiento de grupos que no dan prioridad a la ciudadanía ha permitido que florezcan nuevos integristas religiosos y movimientos feministas. Pero ambos están acopiando su fuerza a partir de argumentos que los enfrentan directamente. No se trata de un simple conflicto entre grupos, porque tiene consecuencias para la entera organización de la vida social. Por lo tanto, no será algo que se pueda “manejar” a través del compromiso social que pospone la solución. O más bien, podría manejarse así si el sistema-mundo fuese estable por lo demás. Pero dadas las múltiples inestabilidades que hemos venido analizando, es muy improbable que este conflicto se pueda posponer. Y como actuará recíprocamente por lo menos con los campos del conflicto de grupos, el orden policial y el bienestar mundial, tendrá un efecto acumulativo.

Podrían llegar a contenerse los conflictos en uno o más de los cinco campos. La pregunta es si será así. Y si así fuera ¿basta con eso? Como esos campos mantienen

una acción recíproca, contener los conflictos en uno de ellos podría resultar provisional, mientras surgen conflictos en otro. En un polvorín, que es la imagen que hemos venido presentando del sistema-mundo, puede propagarse el fuego. Precisamente esto significa el caos del sistema.

Sin duda, tras el caos del sistema vendrá algún orden nuevo, u órdenes. Pero aquí hay que detenerse. No se puede discernir en qué consistirá semejante nuevo orden. Apenas si es posible afirmar lo que quisiéramos que fuera y luchar por conseguirlo.

Traducción de Rosamaría Núñez